



Los conceptos de cultura y de inculturación y su relación con la evangelización¹

Fr. J. A. Barreda, O.P.

I. El concepto de cultura

[...] La cultura es un producto del hombre, el más elevado; es la creación más genuina del hombre, a la vez que el "*sine qua non*" de la propia realización. Hablar de cultura es orientarse "hacia el drama de la existencia, la tragedia humana, el problema de los fines últimos" (Ionesco). Ni el hombre ni la cultura existen en abstracto e independientemente el uno del otro; no existe el hombre sin cultura, ni se da una cultura universal válida para todos los grupos humanos. Precisamente, por contribuir a la realización del proyecto humano, la cultura se ve valorizada por la finalidad misma del ser humano. Una desorientación en la dimensión trascendente del hombre ocasionaría un empobrecimiento en sus propias creaciones culturales.

Esta estrecha unión de la cultura al hombre ha sido puesta de manifiesto en el capítulo II de la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (*Gaudium et Spes*), donde se realiza un amplio estudio de la cultura. "El hombre, afirma, no llega a un nivel verdadero y plenamente humano sino por la cultura, es decir, cultivando los bienes y valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan ligadas estrechísimamente" (GS 53). Seguidamente nos da una definición de la misma: "con la expresión cultura, en general, se indica todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo formula, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano" (GS 53) [...].

La descripción de la cultura es compleja. En ella debemos tener presente: a) el elemento subjetivo, que implica el cultivo personal del hombre, sus cualidades espirituales y corporales: "con la expresión «cultura», en general, se indica todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales" (GS 53); b) elementos objetivos, que comprenden el cultivo de las tres relaciones básicas del hombre: 1. Relación con la naturaleza para modificarla, dominarla y obtener de ella bienes de consumo y de servicio: "procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y su trabajo" (GS 53); 2. Relación con el hombre para hacer más humana la convivencia, mediante el perfeccionamiento de las costumbres e instituciones: "hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones" (GS 53); 3. Relación con Dios mediante la práctica religiosa, el diálogo con el Ser divino. A toda cultura es esencial la actitud que se adopta ante una afirmación o negación de un vínculo religioso con Dios (GS 53: "practicar la religión"). Los valores o antivalores que ello entraña en la práctica es su resultado. c) Elemento sociológico que nace del análisis de las diversas culturas en la historia. El hombre, a través del tiempo, formula, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano. De ahí se sigue que la cultura lleva consigo necesariamente un aspecto histórico y social y que la palabra «cultura» asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de culturas (GS 53).

Ni existe una cultura perfecta, ni una encarnación del Evangelio perfecta; luego es inútil pretender que exista una cultura plenamente cristiana. Vivir de una nostalgia en este sentido, no ayuda mucho a la pastoral. Ninguna expresión de la fe cristiana puede ser absolutizada. La voluntad de crear "una cultura pura" pudo ser un deseo en el proyecto de muchos misioneros; pero ello sería la negación de la historia. La condición de historicidad es la condición de cada proyecto de vida y de la inculturación del Evangelio. Así mismo, podemos adelantar que no existe pureza ontológica del Evangelio, desde el momento que tiene que encarnarse siempre en las culturas sin las cuales no se comprende. Un evangelio puro, ontológicamente perfecto, distante, incomunicable, es letra muerta. "La «energía evangélica», escribe Paulo Suess, necesita de muchas lámparas culturales para cumplir su misión de ser luz del mundo". [...]

De todos modos, hoy se llega a hablar de una "deculturación" o destrucción de las llamadas "culturas primitivas" (entorno familiar, idioma, costumbres, familia; la calle, la aldea, la sabiduría popular...) y se crea un vacío cultural que, a veces, es ocupado por las "culturas secundarias" (ideas, prácticas, valores promovidos por el mercado, la tecnología, los MCS...) (cf. Gregory Baum). Estas culturas secundarias probablemente lleguen a constituir lo que se denomina "globalización cultural", un hecho que no podemos soslayar. A ello cooperan todos los elementos que configuran la globalización (el mercado, la tecnología, los medios de comunicación...). Así, por ejemplo, la New Age, centrada en el "yo", es un poco el paradigma globalizador que corre por todas las culturas, "hermanándolas" en cierto sentido.

II. El concepto de inculturación

- a) "La respuesta de una cultura determinada al primer anuncio del Evangelio, y después a la evangelización sucesiva" (R. Jaouen, 1984).
- b) "Es el proceso mediante el cual la vida y el mensaje cristiano se insertan en una cultura particular; se encarnan, por así decir, en una comunidad cultural, en una sociedad determinada, y meten allí sus raíces de modo que producen nuevas riquezas, formas inéditas de pensamiento, de acción, de celebración" (J. Schever, 1984).
- c) "El Evangelio viviente vivido por la Iglesia en una cultura viva, con todas las transformaciones que conlleva, es lo que llamamos inculturación. No existe predicación del Evangelio sin inculturación" (D. Amalorpavadass, 1978).
- d) "Reservamos el término inculturación para describir el proceso mediante el cual la Iglesia se inserta en una cultura determinada" (A. A. Roest Crolius, 1978). La inculturación puede ser definida como proceso y se refiere al aspecto colectivo e histórico de la inserción de la experiencia cristiana en una cultura, o como praxis y se refiere a la responsabilidad del cristiano o de los grupos cristianos en el proceso de inculturación. Tanto como proceso como praxis, la inculturación ha tenido siempre lugar en la historia de la fe, antes que se reflexionara sobre ella bajo la palabra "inculturación". Son numerosos los ejemplos de inculturación del Evangelio a lo largo de los siglos.
- e) "Es, sobre todo, la presentación del mensaje y de los valores del Evangelio en formas y términos propios a cada cultura, para que la fe y la vida cristiana de cada Iglesia local se inserten del modo más íntimo y profundo posible en un cuadro cultural determinado. Pero es también el nuevo desarrollo cultural que se produce a partir de esta semilla sembrada, y la nueva expresión que dan del Evangelio los hombres llamados a la fe, en el seno de la nueva cultura en la cual ha sido sembrada" (J.-Y. Calvez, 1984).
- f) Juan Pablo II en la encíclica *Slavoruni Apostoli* entiende por inculturación "la encarnación del Evangelio en culturas autóctonas, y a la vez, la introducción de estas culturas en la vida de la Iglesia" (n. 21).
- g) Inculturación significa encarnación de la vida y del mensaje cristiano en una concreta área cultural, de modo tal que esta experiencia no sólo logre expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (que sería solo una adaptación superficial), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador, que transforma y recrea esta cultura, dando origen a «una nueva creación» (P. Arrupe, 1979).
- h) "Indica el encuentro vital y liberador del Evangelio con una cultura para que el germen de la fe pueda expresarse y desarrollarse en ella, según los recursos y el genio propio del pueblo que se reconoce en dicha cultura" (G. Colzani, 1996).
- i) "El proceso de inculturación puede definirse como el esfuerzo de la Iglesia para hacer penetrar el mensaje de Cristo en un determinado ambiente socio-cultural, invitándolo a crecer según sus propios valores, dado que éstos son conciliables con el Evangelio. El término inculturación incluye la idea de crecimiento, de recíproco enriquecimiento de las personas y los grupos, en virtud del encuentro del Evangelio con un ambiente social" (Comisión Teológica Internacional, 1988).

La inculturación del Evangelio no es una realidad nueva, desde que el kerygma evangélico comenzó a caminar por las vías de la historia, este anuncio se ha adaptado a todas las diversidades culturales de los ambientes evangelizados y el Evangelio ha comenzado a trabajar, desde dentro, el destino de los pueblos y de

los grupos humanos que lo han acogido (A. Peelman). "El proceso de encuentro y confrontación con las culturas es una experiencia que la Iglesia ha vivido desde los comienzos de la predicación del Evangelio" (Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 70). Si se habla hoy de inculturación es porque, probablemente, la Iglesia se halla hoy en situación parecida a la de sus orígenes. En este sentido, es evidente que la sensibilidad del Concilio Vaticano II al problema de la cultura ha reactualizado el fenómeno de la inculturación. Con este vocablo, escribe R. Jaouen, "nos hallamos, quizás por vez primera, a punto de inaugurar un verdadero discurso sobre la misión". Es muy común, de hecho, unir inculturación y misión. Como si la primera fuera tarea exclusiva y propia de la segunda. Pero la inculturación es más extensa en el tiempo que la misión. La inculturación es una tarea propia de la Iglesia y, especialmente, de la Iglesia local. La tarea de la inculturación no termina o se completa con la misión; casi podríamos decir que aquella empieza cuando ésta acaba; cuando se instaura la iglesia local se abre el tiempo de la inculturación [...]

La inculturación es hoy también revalorizada porque la cultura que es el otro elemento del encuentro se "convierte en el lugar en el que podemos constatar el actuar de Dios a favor de la humanidad. Él se nos acerca en lo que para nosotros es más familiar de verificar, porque constituye nuestro contexto cotidiano, sin el cual no lograríamos comprendernos" (FR 12). A este nivel las oportunidades de encuentro se acrecientan. "Hoy, escribe Juan Pablo II, a medida que el Evangelio entra en contacto con áreas culturales que han permanecido hasta ahora fuera del ámbito de irradiación del cristianismo, se abren nuevos cometidos a la inculturación" (FR 72). [...]

El relanzamiento de la misión, en la que se ha colocado la esencia misma de la Iglesia (AG 2), ha puesto sobre el tapete la exigencia de una nueva comprensión de la realidad cultural. Si el descubrimiento de la cultura ha sido considerado como uno de los logros más importantes de todos los tiempos, la Iglesia está viviendo este descubrimiento en su actual tarea apostólica con una óptica nueva y más exigente. De un modo nuevo, ya que, por una parte, nos hallamos ante una cierta desmitologización cultural (A. Dondeyne habla de "desoccidentalizar"). Desde el momento que la cultura, hasta ahora considerada como un patrimonio elitista, humanista, clasista y eminentemente aristocrático, corre paralela al horizonte del hombre (P. Poupard) y, por otra parte, el misterio de la Encarnación ha venido a asumir y elevar la realidad cultural como elemento inseparable y definitorio del hombre.

El desafío para la misión de la Iglesia, al comienzo del siglo XXI, no es sólo la permanencia y la vitalidad de las grandes religiones del mundo, sino también la existencia de grandes culturas: africana, asiática, amerindia, que son aún muy extranjeras a la cultura dominante del cristianismo después de veinte siglos. En su vocación católica, el Evangelio, del mismo modo que superó el dualismo entre Jerusalén y Atenas, judío y griego, debe sobrepasar la dualidad de occidental y no occidental (Ef 2, 14). Después del Vaticano II el paso del eurocentrismo al policentrismo en el interior de la Iglesia coincide con la llegada de la época post-colonial y de la mundialización. Por primera vez en la historia del cristianismo, la inculturación en nombre de la universalidad del Evangelio puede no coincidir con la empresa de una cultura dominante (C. Geffré). "El cristianismo católico no puede permitirse ya ser eurocéntrico, del mismo modo que el cristianismo primitivo tampoco podía permitirse ser puramente judaico si pretendía llegar a todos los gentiles, de modo que estos pudieran entender y apropiarse la fe común de acuerdo con sus propias formas culturales" (D. Tracy).